

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO EN LA VIDA CONSAGRADA

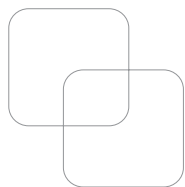


Fiesta
de la Presentación
del Señor

2 de febrero
2014



La alegría del Evangelio en la vida consagrada



La alegría del Evangelio en la vida consagrada



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2014

Presentación
Subsidio litúrgico
Testimonios
Homilía del papa Francisco

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-36466-2013

JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

La alegría del Evangelio en la vida consagrada

PRESENTACIÓN

Desde el año 1997 venimos celebrando en la Iglesia, cada 2 de febrero, en la fiesta de la Presentación del Señor en el templo, la *Jornada Mundial de la Vida Consagrada*, instaurada por el beato papa Juan Pablo II, que será canonizado junto con el Papa Juan XXIII el domingo 27 de abril de este año.

Esta Jornada tiene como objetivos alabar y dar gracias a Dios por el don de la vida consagrada a la Iglesia y a la humanidad; promover su conocimiento y estima por parte de todo el Pueblo de Dios; invitar a cuantos han dedicado totalmente su vida a la causa del Evangelio a celebrar las maravillas que el Señor realiza en sus vidas.

En ese día damos gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares, por el Orden de las vírgenes, por las nuevas formas de vida consagrada.

El lema escogido para este año es: *La alegría del Evangelio en la vida consagrada*. Está en plena sintonía con la primera exhortación apostólica del papa Francisco, *Evangelii gaudium*, publicada el domingo 24 de noviembre, solemnidad de Jesucristo Rey, en la clausura del Año de la fe.

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús». Estas son las primeras palabras de la exhortación apostólica del papa Francisco. Entre los que se encuentran con Jesucristo están de modo especial las personas consagradas, cuya vocación (consagración-comunión-misión) se entiende plenamente desde el encuentro personal con Jesucristo pobre, casto y obediente, a quien siguen más de cerca y con radicalidad evangélica.

La alegría de los miembros de vida consagrada nace de Dios, que es la fuente de la verdadera alegría. La alegría en la vida consagrada procede de la fe, que a su vez proviene de la acogida de la Palabra de Dios. «El anuncio de la Palabra crea *comunión* y es fuente de *alegría*. Una alegría profunda que brota del corazón mismo de la vida trinitaria y que se nos comunica en el Hijo (...). Según la Escritura, la alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. *Gál* 5, 22), que nos permite entrar en la Palabra y hacer que la Palabra divina entre en nosotros trayendo frutos de vida eterna»¹.

¹ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 123.

Las personas consagradas viven la alegría de su vocación, desde la consagración a Dios, la comunión fraterna y la misión evangelizadora (por el apostolado o por la contemplación) en la profunda unión y amistad con Jesucristo en su vida diaria, siendo reflejo del Amor de Dios, dispuestos a abrazar todas las miserias y a curar todas las heridas humanas para poner en ellas el bálsamo de la ternura y de la misericordia divina.

Ahora bien, la alegría cristiana es siempre una alegría crucificada, que pasa por la cruz y culmina en la resurrección. A la alegría se opone la tristeza, no la cruz, que es signo de amor.

La santísima Virgen María, Mujer consagrada, es *causa de nuestra alegría*, icono de la vida consagrada, que nos enseña a vivir la alegría verdadera del seguimiento de Jesucristo. María es la Madre que presenta en el templo el Hijo de Dios al Padre, dando continuación al “sí” pronunciado en el momento de la Anunciación. Que Ella sostenga y acompañe a las personas consagradas en su vocación, protegiendo con su maternidad la consagración, comunión y misión de cada uno de nuestros hermanos y hermanas de la vida consagrada.

✠ VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA

Obispo de Santander

Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

SUBSIDIO LITÚRGICO PARA LA CELEBRACIÓN DIOCESANA

Monición de entrada

Queridos hermanos todos, que habéis venido a celebrar hoy la fiesta de la Presentación del Niño Jesús en el Templo. A los 40 días del nacimiento en Belén del Hijo de Dios, la Virgen María y su esposo san José entraron en el Templo llevando al pequeño Jesús en sus brazos para presentarlo y ofrecerlo al Señor. También nosotros, 40 días después de haber celebrado la Navidad, somos llevados y presentados ante Dios por nuestra Madre la Iglesia, para renovar nuestra ofrenda al Señor.

El lema de esta Jornada de la Vida Consagrada, en consonancia con la primera exhortación apostólica del papa Francisco, es **“La alegría del Evangelio en la vida consagrada”**. Quien ha sido alcanzado por el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo experimenta en su vida el gozo y la alegría de la Pascua: ¡Cristo ha vencido el mal, la muerte y el pecado! Y nuestros hermanos de la vida consagrada son testigos de este encuentro y este gozo.

La eucaristía que celebramos es memorial de la muerte y Resurrección del Señor. Presididos, pues, por nuestro obispo, padre y pastor de esta Iglesia particular, salimos al encuentro del Señor con la luz de la fe, la fuerza de la esperanza y el gozo verdadero de la caridad.

Renovación de la consagración

Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia.

El Celebrante:

Hermanos y hermanas: En esta fiesta de la Presentación del Señor, agradecemos a Dios nuestra vocación consagrada, una *luz que el Padre ha puesto en el candelero, para que alumbré a todos los de la Casa*. Los diversos carismas y las distintas formas de consagración son expresión de la múltiple gracia con que Dios ha querido embellecer a su Iglesia. Hoy renovamos nuestro seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente al Padre.

(Todos oran en silencio durante algún tiempo)

El Celebrante:

Te damos gracias Señor, porque por medio de tu Espíritu has llamado a hombres y mujeres para que, consagrados a Ti, sean en la Iglesia manifestación gozosa del seguimiento radical de Jesucristo, testigos de la fe y evangelizadores audaces llenos de caridad. Por ello ¡te glorificamos!

Cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

Obediencia

Lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en tu Hijo Jesús nos has mostrado el camino del amor por medio del servicio solícito y generoso. Cristo ha hecho de tu voluntad su alimento y su descanso, su fortaleza y su alegría.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por habernos querido asociar íntimamente a este misterio de obediencia filial en Cristo. La Virgen María, Sierva obediente de Dios, nos precede en la acogida dócil de tu voluntad; como hijos suyos renovamos el voto de obediencia que un día profesamos en el seno de tu Iglesia.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

Pobreza

Lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en Cristo, nuestro Dios y Señor, nos has dado el gozo de tu misericordia. Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su **pobreza**, nos ha mostrado la bienaventuranza evangélica reservada para los *mansos y humildes de corazón, los pobres de espíritu, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, los perseguidos y los que sufren a diario por causa de tu Reino.*

Lector 2º:

Gracias, Padre, por Cristo, *tu Hijo Amado, a quien nos invitas a escuchar siempre.* Él es el Hombre-Dios paciente y misericordioso, compasivo y fiel, que ha venido para enseñarnos el camino de la Vida. De Cristo aprendemos la dicha de vivir desprendidos, compartiendo nuestros bienes con los necesitados y proclamando que solo Tú eres nuestra riqueza.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

Castidad

lector 1º:

Te glorificamos, Padre, porque en Jesucristo, el Hijo bendito de María, hemos sido seducidos por tu Amor y conducidos a la virginidad de nuestros corazones. Con la Virgen María podemos decir hoy: ¡somos de Cristo y le pertenecemos!

Lector 2.º:

Gracias, Padre, por tu Hijo Jesús, Esposo fiel de la Iglesia. Renueva en nosotros la llama de tu Amor, el gozo y la alegría de vivir la verdadera **castidad** y la pureza sincera, de cuerpo, mente y corazón, en el camino de santidad que es camino de verdadera plenitud.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El celebrante:

Oh, Señor: mira con ojos de misericordia a estos, tus hijos e hijas: un día les llamaste y ellos te siguieron dejándolo todo por ti. Renueva hoy en sus vidas la llama del amor primero. Ayúdales a caminar presurosos tras tus huellas e infunde en sus corazones el gozo verdadero que nace del Evangelio, en la comunión de la Iglesia.

Te lo pedimos en Nombre de Jesús, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Asamblea: (Cantando) Amén, amén, amén.

Preces

[A las preces completas de la solemnidad litúrgica de la *Presentación del Señor*, se propone añadir estas cuatro específicas]

- Señor, tu Palabra es *Camino, Verdad y Vida*. Te pedimos hoy por todos los jóvenes que te buscan aun sin saberlo; que puedan escuchar tu invitación *Ven y sígueme*, y se dejen iluminar con la Luz del Evangelio. *Roguemos al Señor.*
- Roguemos por todos los Institutos religiosos, los miembros de Institutos seculares y de nuevas formas de consagración, por el Orden de las Vírgenes, por cuantos han recibido el don de la llamada a la consagración, para que, alcanzados por Cristo sean auténticos testigos de la Resurrección y gozosos anunciadores del Evangelio en nuestro mundo. *Roguemos al Señor.*
- Roguemos por todas las familias, elegidas por Dios para transmitir la fe a sus hijos, para que impulsadas por la fuerza del Espíritu Santo y el amor de Cristo Jesús puedan ejercer su misión de ser semillero de vocaciones. *Roguemos al Señor.*
- Roguemos por quienes estamos participando en esta celebración eucarística en la Jornada de la Vida Consagrada, para que todos seamos uno en el amor y el mundo crea en Jesucristo, único Salvador de todos los hombres. *Roguemos al Señor.*

TESTIMONIOS

Gozo del Evangelio, gozo pascual

Hablar del «gozo del Evangelio en la vida religiosa» es, para mí, una oportunidad para poner nombre a las convicciones profundas que me habitan y están en la raíz de mi vocación; es acercarme a ellas de “puntillas”, acariciarlas, tocarlas, reconocerlas...

Al ponerme a pensar sobre este testimonio me ha venido al recuerdo una experiencia que viví siendo novicia en Perú. Allí las congregaciones con varias jóvenes organizábamos a veces encuentros que llamábamos de “promoción vocacional” con chicas de los barrios. Normalmente consistían en una tarde para compartir un rato de oración, merienda y otras actividades lúdicas o de diálogo. De uno de esos encuentros salí con preguntas. Me daba la sensación de que las religiosas teníamos que “mostrar”, “hacer visible” nuestro gozo a esas jóvenes, ya sea orando, charlando, cantando o riendo, para que a ellas les llamara la atención nuestra vida y poder hacer una oferta vocacional, llegada la ocasión. ¿Era ese realmente el “gozo del Evangelio” al que aquí nos estamos refiriendo?

Hoy estoy totalmente convencida de que la experiencia de seguimiento de Jesús dentro de la vida religiosa es, sin duda, muy gozosa. Pero, al mismo tiempo, estoy convencida de que ese gozo no brota de la “epidermis” de nuestra vocación, sino de una configuración profunda con Jesús y con su sueño del Reino, que *“ya está, pero todavía no”* en este momento concreto, real e histórico que estamos viviendo. Si este fuego interior no arde, difícilmente podrá ser exteriorizado. Nunca será un gozo “de superficie”, sino un gozo pascual, que sabe por experiencia propia que “el Crucificado es el Resucitado”.

ESPERANZA DE PINEDO, ACJ
Apostólicas del Corazón de Jesús

VIDA CONTEMPLATIVA

La alegría del Evangelio en la vida consagrada

Al contrario de lo que comúnmente se piensa sobre la vida monástica, esta es fundamentalmente una llamada a vivir la alegría del Evangelio.

San Benito, en el capítulo LIX de la *Regla* que escribió para los monjes, dedicado a la Cuaresma, nos invita vivir de manera más intensa durante ese tiem-

po litúrgico lo que debería ser lo normal a lo largo de todo el año, es decir, que a lo largo de esos días nos entreguemos más intensamente a la oración, a la *lectio*, a la compunción del corazón, a la abstinencia. Todo ello para ofrecer voluntariamente alguna cosa más a Dios y que con un gozo lleno de anhelo espiritual esperemos la santa Pascua.

Me he fijado en este capítulo de la *Regla* porque nos permite ver que la alegría del Evangelio solo es posible si la vivimos desde la cotidianidad, desde lo que es cotidiano e inherente a nuestra vocación y profesión monástica.

Es importante acentuar que este *plus* de cotidianidad en el período cuaresmal es fruto de un gesto voluntario; por tanto desde la libertad después de haberlo discernido con el padre espiritual. La libertad evangélica, que es la propia de los hijos de Dios, hace de nosotros hombres y mujeres libres y centrados en lo esencial. El *habitare secum* del que nos habla el papa san Gregorio en el Libro II de *Diálogos*, refiriéndose a san Benito, hacen de nosotros personas plenamente felices porque somos aquellos que no vamos buscando de un lugar a otro la felicidad, sino que “ya la hemos encontrado” en Aquel que un día nos dijo: «Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con gusto la exhortación de un padre bondadoso y ponla en práctica» (*Regla*, Prólogo, 1).

Y este «Escucha, hijo» resuena no solo en el origen de nuestra llamada, sino a lo largo de toda la vida, ya que el mismo san Benito nos recuerda al final de la *Regla* que cuando lo hayamos cumplido todo lo que en ella se prescribe no olvidemos que somos unos principiantes, es decir, que cada día tenemos que recomenzar de nuevo.

Desde el inicio de la vida monástica, pero con el paso de los años, uno se va dando cuenta de que el camino en muchas ocasiones «debe ser forzosamente estrecho. Sin embargo, con el progreso en la vida monástica y en la fe, ensanchando el corazón, con la inefable dulzura del amor, se corre por el camino de los mandamientos de Dios» (*Regla*, Prólogo, 48-49).

La alegría evangélica del monje se funda en que su vida es un proyecto siempre en camino porque con Jesucristo siempre nace y renace la alegría, como nos recuerda el papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

A lo largo de mis años de vida monástica he podido experimentar cómo las palabras del salmista «Sostenme con tu promesa, y viviré, que no quede frustrada mi esperanza» (Salmo 119, 116), que canté el día de mi profesión («Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré, y no permitas que vea frustrada mi esperanza»), se van cumpliendo más allá de mis fragilidades, con la confianza de que un día seré acogido tal como Dios me ha pensado y creado, que es la verdadera alegría sin fin.

P. JOSEP-ENRIC PARELLADA, OSB
Abadía de Montserrat

ORDO VIRGINUM

La alegría del Evangelio en la esposa de Cristo

La alegría del Evangelio recorre los siglos y los pueblos de generación en generación. *¡Alégrate, Hija de Sion, porque el Señor está en ti!*, repetían los profetas y los salmistas. *Magnificat*, canta la Virgen María al saludar a su prima Isabel. *¡Alegraos en el Señor!* dice san Pablo a los Filipenses.

La alegría del Evangelio para una virgen consagrada: ¿en qué consiste? Dios está conmigo, desde el vientre materno me escogió para ser su esposa, en la niñez y juventud me cuidó y me hizo conocer su amor de predilección, en la madurez me insertó por pura gracia en el corazón de la Iglesia (por más que ya estaba en ella desde el día de mi bautismo), dándome “la mejor parte”. Hoy, Cristo, el más bello de los hombres, el Rey de reyes, el que da la vida por sus ovejas, el Camino, la Verdad y la Vida, Ese es mi esposo.

Y la esposa se alegra con su esposo. Mi alegría es la de Jesús, a quien encuentro y reencuentro día tras día, en la salud y en la enfermedad, en el “éxito” y en el “fracaso”. Es la alegría de conocer cuánto nos ha amado el Padre al hacernos hijos en su Hijo, la alegría de haber sido elegida por pura gracia para compartir más de cerca su Pasión, muerte y Resurrección, la alegría de engendrar «por obra del Espíritu Santo», como la Virgen María, nuevos hijos de Dios.

Están en el mundo, pero no son del mundo. En la oración de consagración el obispo pide a Dios que brille en la virgen consagrada, por el don del Espíritu Santo, «una modestia prudente, una afabilidad juiciosa, una dulzura grave, una libertad casta», que «sepan preferirte sobre todas las cosas» siendo «su honor, su gozo y su deseo». Esa es mi alegría.

¿Qué he de hacer con esta buena nueva? Guardarla, haciéndola alma de mi vida por la oración y los sacramentos, por la recepción agradecida del don y el perdón de Dios. Compartirla, viviendo en esa novedad del *Magnificat* y de las Bienaventuranzas, dando la vida para que otros sean también fascinados por su Verdad, su Bondad y su Belleza.

CARMEN RUIZ ENRÍQUEZ
OVC, diócesis de Pamplona y Tudela

INSTITUTO SECULAR

Mi nombre es Amanda y pertenezco al Instituto secular *Hijas de la Natividad de María*. En este día de celebración de la vida consagrada en España quiero compartir con todos mi vida de especial consagración a Dios «en el mundo y sin ser del mundo».

Siendo más joven estuve involucrada en grupos de carácter revolucionario y de desestabilización social. De alguna manera los líderes llamaron a mi puerta y yo, queriendo solucionar toda la injusticia en el mundo, me enrolé en una dinámica de extorsión y manipulación sin darme cuenta del fondo oscuro de dichos grupos. Mi familia, mientras que no saliese en la prensa ni “diese” problemas, me dejaba hacer y no se metía en mis “compromisos sociales”. ¡Qué ciega estaba!: creía que “mi ideal” era el “verdadero ideal”...

En una de las manifestaciones de carácter social —como las llamábamos—, a uno de mis colegas se le fue un poco la mano y la policía entró en acción. Entre golpes, carreras, silbatos y disparos yo escapé hacia uno de los laterales, salté la valla y me encontré “a salvo”. En mi carrera llena de tropiezos, gritos, empujones y lágrimas oí a un profesor que me decía: «¡Señorita Amanda, búsquese otro ideal!».

Después de unos días, al tranquilizarse “la movida”, supe que a mi compañero lo apresaron por obstrucción a la autoridad, lo retuvieron en el calabozo y, de alguna forma, truncaron su futuro... Este hecho —que parece de película— me hizo recapacitar y valorar mis acciones tanto en la forma como en el fondo. Dentro de mi mente se seguían repitiendo una y otra vez las palabras de aquel conocido profesor: «¡Búsquese otro ideal!, ¡búsquese otro ideal!». Pasaban los días y no encontraba cómo dar respuesta a la inquietud social, a la defensa de los derechos humanos, a mi compromiso en contra de todas las injusticias...

Mi experiencia fue luz para descubrir que los hombres/mujeres no lo podemos todo, que somos pequeños y, a la vez, voraces y depredadores entre nosotros mismos...; por ello, volví los ojos hacia “aquellos” que lo daban todo por amor a Dios. Siempre que me había encontrado con alguna misionera, sacerdote, consagrado/a, vivía un halo de felicidad profunda. Así conocí el que es hoy mi Instituto “Hijas de la Natividad de María” y a través de su carisma en la vivencia y práctica de la Infancia Espiritual hago realidad mi consagración secular (*estoy en el mundo pero no soy del mundo*).

Intento ser fiel a la llamada de Dios y en Él fructifican todas mis expectativas: de denuncia ante las injusticias sociales, de acoger a los desfavorecidos de la sociedad, de amar a los niños que se acercan a mí pidiendo acogida, y regalando un beso que alivie su gran carencia afectiva por la ruptura familiar, de ser alegría

para el vecino que se encuentra desanimado o enfermo, de compartir el gozo en las fiestas y celebraciones de mis amigos y de mis compañeras consagradas, de servir a la Iglesia en sus necesidades de evangelización y catequesis...

Mis pequeños y ridículos ideales de cambiar y mejorar el mundo se han hecho realidad en mi vida siendo fiel a Aquel que “me tomó de su mano” y se convirtió en mi único Ideal: ¡Cristo resucitado!

Os animo a todos y todas a mirar más alto y preguntar al Señor: ¿qué quieres que haga aquí, ahora, en mi situación, en mi realidad, en esta sociedad conformista, pecadora y vital que me ha tocado vivir? La respuesta a esta misión-llamada vivida en un Instituto Secular puede ser el camino.... ¡ánimo y adelante!

AMANDA DEL CARMEN RIVAS GÓMEZ
Hija de la Natividad de María

NUEVA FORMA DE VIDA CONSAGRADA

“Se alegra mi Espíritu en Dios, mi salvador” (Lc 1, 47)

Cuando escuché el lema de la Jornada para la Vida Consagrada de este año, inspirado en el que el papa Francisco nos ha entregado en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, no pude más que corroborar que esa es la alegría que me ha ido guiando desde mi juventud: *la alegría del Evangelio*.

Muchas veces nos acercamos a Dios, conocemos a Jesús y a la Iglesia de un modo superficial y teórico. Pero cuando tenemos una experiencia de encuentro profundo con Jesús todo cambia. De repente descubrimos a una Persona con mayúscula.

Eso es lo que me ocurrió a mí hace ahora 26 años y desde entonces, el caminar día a día sabiendo que es Jesús quien me acompaña, ha llenado mi vida de alegría. Desde entonces todo adquirió un nuevo sentido: mi relación con los demás, mi proyecto de futuro, incluso la enfermedad que padezco desde que era niña dejó de ser una carga.

Y desde ese momento supe que no quería hacer otra cosa que vivir para Él en donde Él quisiera y como Él quisiera. En la Comunidad de San Francisco Xavier, a la que pertenezco, he encontrado el lugar donde Dios me ha llamado, a través de su fundador, el P. Diego Martínez Linares, a desarrollar la vocación de llevar la Buena Noticia del Evangelio a los que más lo necesitan. A través del encuentro personal con Jesús en el silencio de la oración, de la lectura orante de la Palabra de Dios, de la celebración gozosa de los sacramentos y de la vida comunitaria puedo decir que he encontrado “la perla preciosa” de la que nos habla Jesús. Y desde esta experiencia mi deseo es comunicar a todas las personas con las que me encuentro cada día la alegría de seguirle.

SONIA GARCÍA MUÑOZ, CSFX
Comunidad San Francisco Xavier

LA ALEGRÍA DEL CONSUELO DE DIOS, LA CRUZ DE CRISTO Y LA ORACIÓN

Homilía en la misa del 7 de julio de 2013 con los seminaristas, novicios y novicias

Queridos hermanos y hermanas:

Ya ayer tuve la alegría de encontrarme con ustedes, y hoy nuestra fiesta es todavía mayor porque nos reunimos de nuevo para celebrar la eucaristía, en el día del Señor. Ustedes son seminaristas, novicios y novicias, jóvenes en el camino vocacional, provenientes de todas las partes del mundo: ¡representan a la juventud de la Iglesia! Si la Iglesia es la Esposa de Cristo, en cierto sentido ustedes constituyen el momento del noviazgo, la primavera de la vocación, la estación del descubrimiento, de la prueba, de la formación. Y es una etapa muy bonita, en la que se ponen las bases para el futuro. ¡Gracias por haber venido!

Hoy la Palabra de Dios nos habla de la misión. ¿De dónde nace la misión? La respuesta es sencilla: nace de una llamada que nos hace el Señor, y quien es llamado por Él lo es para ser enviado. ¿Cuál debe ser el estilo del enviado? ¿Cuáles son los puntos de referencia de la misión cristiana? Las lecturas que hemos escuchado nos sugieren tres: la alegría de la consolación, la cruz y la oración.

1. El primer elemento: la alegría de la consolación. El profeta Isaías se dirige a un pueblo que ha atravesado el período oscuro del exilio, ha sufrido una prueba muy dura; pero ahora, para Jerusalén, ha llegado el tiempo de la consolación; la tristeza y el miedo deben dejar paso a la alegría: «Festead... gozad... alegraos», dice el profeta (66, 10). Es una gran invitación a la alegría. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo de esta invitación a la alegría? Porque el Señor hará derivar hacia la santa Ciudad y sus habitantes un “torrente” de consolación, un torrente de consolación —así llenos de consolación—, un torrente de ternura materna: «Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán» (v. 12). Como la mamá pone al niño sobre sus rodillas y lo acaricia, así el Señor hará con nosotros y hace con nosotros. Este es el torrente de ternura que nos da tanta consolación. «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (v. 13). Todo cristiano, y sobre todo nosotros, estamos llamados a ser portadores de este mensaje de esperanza que da serenidad y alegría: la consolación de Dios, su ternura para con todos. Pero solo podremos ser portadores si nosotros experimentamos antes la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. Esto es importante para que nuestra misión sea fecunda: sentir la consolación de Dios y transmitirla. A veces me he encontrado con personas consagradas que tienen

miedo a la consolación de Dios, y... pobres, se atormentan, porque tienen miedo a esta ternura de Dios. Pero no tengan miedo. No tengan miedo, el Señor es el Señor de la consolación, el Señor de la ternura. El Señor es padre y Él dice que nos tratará como una mamá a su niño, con su ternura. No tengan miedo de la consolación del Señor. La invitación de Isaías ha de resonar en nuestro corazón: «Consolad, consolad a mi pueblo» (40, 1), y esto convertirse en misión. Encontrar al Señor que nos consuela e ir a consolar al Pueblo de Dios, esta es la misión. La gente de hoy tiene necesidad ciertamente de palabras, pero sobre todo tiene necesidad de que demos testimonio de la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, despierta la esperanza, atrae hacia el bien. ¡La alegría de llevar la consolación de Dios!

2. El segundo punto de referencia de la misión es la cruz de Cristo. San Pablo, escribiendo a los Gálatas, dice: «Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (6, 14). Y habla de las “marcas”, es decir, de las llagas de Cristo crucificado, como el cuño, la señal distintiva de su existencia de apóstol del Evangelio. En su ministerio, Pablo ha experimentado el sufrimiento, la debilidad y la derrota, pero también la alegría y la consolación. He aquí el misterio pascual de Jesús: misterio de muerte y Resurrección. Y precisamente haberse dejado conformar con la muerte de Jesús ha hecho a san Pablo participar en su resurrección, en su victoria. En la hora de la oscuridad, en la hora de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor. Es la cruz –siempre la cruz con Cristo, porque a veces nos ofrecen la cruz sin Cristo: esa no sirve–. Es la cruz, siempre la cruz con Cristo, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como «criatura nueva» (*Gál* 6, 15).

3. Finalmente, el tercer elemento: la oración. En el evangelio hemos escuchado: «Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies» (*Lc* 10, 2). Los obreros para la mies no son elegidos mediante campañas publicitarias o llamadas al servicio de la generosidad, sino que son “elegidos” y “mandados” por Dios. Él es quien elige, Él es quien manda, Él es quien encomienda la misión. Por eso es importante la oración. La Iglesia, nos ha repetido Benedicto XVI, no es nuestra, sino de Dios; ¡y cuántas veces nosotros, los consagrados, pensamos que es nuestra! La convertimos... en lo que se nos ocurre. Pero no es nuestra, es de Dios. El campo a cultivar es suyo. Así pues, la misión es sobre todo gracia. La misión es gracia. Y si el apóstol es fruto de la oración, encontrará en ella la luz y

la fuerza de su acción. En efecto, nuestra misión pierde su fecundidad, e incluso se apaga, en el mismo momento en que se interrumpe la conexión con la fuente, con el Señor.

Queridos seminaristas, queridas novicias y queridos novicios, queridos jóvenes en el camino vocacional. Uno de ustedes, uno de sus formadores, me decía el otro día: «*évangéliser on le fait à genoux*», la evangelización se hace de rodillas. Oíganlo bien: «la evangelización se hace de rodillas». ¡Sean siempre hombres y mujeres de oración! Sin la relación constante con Dios la misión se convierte en función. Pero, ¿en qué trabajas tú? ¿Eres sastre, cocinera, sacerdote, trabajas como sacerdote, trabajas como religiosa? No. No es un oficio, es otra cosa. El riesgo del activismo, de confiar demasiado en las estructuras, está siempre al acecho. Si miramos a Jesús, vemos que la víspera de cada decisión y acontecimiento importante, se recogía en oración intensa y prolongada. Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor. ¡Aquí reside el secreto de la fecundidad pastoral, de la fecundidad de un discípulo del Señor!

Jesús manda a los suyos sin «talega, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10, 4). La difusión del Evangelio no está asegurada ni por el número de personas, ni por el prestigio de la institución, ni por la cantidad de recursos disponibles. Lo que cuenta es estar imbuidos del amor de Cristo, dejarse conducir por el Espíritu Santo, e injertar la propia vida en el árbol de la vida, que es la cruz del Señor.

Queridos amigos y amigas, con gran confianza les pongo bajo la intercesión de María santísima. Ella es la Madre que nos ayuda a tomar las decisiones definitivas con libertad, sin miedo. Que Ella les ayude a dar testimonio de la alegría de la consolación de Dios, sin tener miedo a la alegría; que Ella les ayude a conformarse con la lógica de amor de la cruz, a crecer en una unión cada vez más intensa con el Señor en la oración. ¡Así su vida será rica y fecunda! Amén.

FRANCISCO

